

El otro eternamente aborrecido.  
No hay duda ya; la deja, la abandona  
El desleal mancebo;  
Con espinas corona  
El tierno amor de tiempos más felices,  
Que aún en ella conserva hondas raíces.

Desde el infausto día,  
De su fiel corazón fué desterrada,  
Como huésped molesto, la alegría.  
¿Tendrá su pena coto?  
¿Otra pasión la encontrará indefensa?.....  
No sé; más siempre que un amante voto  
Le jura lealtad, la niña piensa  
En el cántaro roto.

DEL SEÑOR

D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

VELUT UMBRA.

CREPÚSCULO.—PROBLEMA.—MISERERE.—¡AMOR!—EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.  
Á VOLTAIRE.—LAS ARPAS MUDAS.

CAPILLA ALFONSO VI

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. L.

VELUT UMBRA.

¡Oh incesante desvarío  
Del hombre! ¡Oh mentida gloria,  
Tan fugaz y transitoria  
Como las ondas de un río!

El tiempo impasible y frío  
Va empujando tu memoria,  
Que brilla un punto en la historia  
Y se pierde en el vacío.

¡Cuánto César ya olvidado!  
¡Cuánta vieja desventura,  
Que ni aún recuerda la gente,

Habrá visto, habrá alumbrado  
Ese sol, desde la altura  
En que gira indiferente!

A medida que hacía el puerto  
Va marchando del olvido,  
Aparece cuanto ha sido  
De espesas brumas cubierto.

Ese polvo, árido y yerto,  
Ha pensado y ha sentido:  
Es el despojo perdido  
De la humanidad que ha muerto.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. L.

De esos átomos sin nombre,  
¿Quién el misterio adivina?  
¿Quién á descifrarlo alcanza?  
Tan oscuro es para el hombre  
Lo pasado que declina,  
Cual lo porvenir que avanza.  
¿Dónde está la oculta fuente  
Del hondo raudal humano?  
¿A qué incógnito Oceano  
Va á parar esa corriente?  
Principio y fin, velozmente  
Se buscan y dan la mano;  
Y en el gérmen bulle el grano,  
Y en el grano la simiente.  
La flor, que arrebatada el viento,  
Préstale al campo marchito  
Nuevo jugo y nueva vida;  
Mas ¿quién en el movimiento  
Del génesis infinito  
Recuerda la flor caída?  
¡Vanidad de vanidades!  
En nuestras horas inciertas,  
Sobre las ciudades muertas  
Álzanse nuevas ciudades.  
En ignotas soledades,  
En regiones hoy desiertas,  
Yacen, de polvo cubiertas,  
Las glorias de otras edades.  
Cae en mortal cautiverio  
Cuanto el alma inquieta y muda  
Busca y ama, anhela y nombra.

Nuestra vida en el misterio,  
Nuestro destino en la duda,  
Nuestro término en la sombra.

Mayo 23, 1873.

## CREPÚSCULO.

---

El sol tocaba en su ocaso,  
Y la luz tibia y dudosa  
Del crepúsculo envolvía  
La naturaleza toda.  
Los dos estábamos solos,  
Mudos de amor y zozobra,  
Con las manos enlazadas,  
Trémulas y abrasadoras,  
Contemplando cómo el valle,  
El mar y apacible costa  
Lentamente iban perdiendo  
Color, transparencia y forma.  
A medida que la noche  
Adelantaba medrosa,  
Nuestra tristeza se hacía  
Más invencible y más honda.  
Hasta que al fin, no sé cómo,  
Yo trastornado, tú loca,  
Estalló en ardiente beso  
Nuestra pasión silenciosa.  
¡Ay! al volver suspirando  
De aquel éxtasis de gloria,  
¿Qué vimos? Sombra en el cielo,  
Y en nuestra conciencia sombra.

## PROBLEMA.

---

*Ciego; ¿es la tierra el centro de las almas?*

Quiero, dejando hipótesis á un lado,  
Una duda exponer, y es la siguiente:  
—¿Por qué cruza la tierra el inocente,  
De espinas ó de sombras coronado?  
¿Por qué feliz y próspero, el malvado  
Alza orgulloso la atrevida frente?  
¿Por qué Dios, que es el bien, mira y consiente  
El eterno dominio del pecado?  
¿Por qué, desde Caín, la humana raza,  
Sometida al dolor, con sangre traza  
La historia de sus luchas gigantes?  
Y si es ficción la gloria prometida,  
Si aquí empieza y acaba nuestra vida,  
¿Por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

MISERERE.

Es de noche: el monasterio  
Que alzó Felipe Segundo  
Para admiracion del mundo  
Y ostentacion de su imperio,  
Yace envuelto en el misterio  
Y en las tinieblas sumido.  
De nuestro poder, ya hundido,  
Último resto glorioso,  
Parece que está el coloso  
Al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama  
Deja sus antros oscuros,  
Y estrellándose en los muros  
Del templo, se agita y brama.  
Fugaz y rojiza llama  
Surca el ancho firmamento,  
Y á veces, como un lamento,  
Resuena el lúgubre són,  
Con que llama á la oracion  
La campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,  
En honda calma reposa,  
Tan helada y silenciosa  
Como una tumba vacía.  
Colgada lámpara envía  
Su incierta luz á lo léjos,  
Y á sus trémulos reflejos  
Llegan, huyen, se levantan  
Esas mil sombras que espantan  
A los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,  
La régia cripta conmueve  
Ruido extraño, que aunque leve,  
Llena el mortuorio recinto.  
Es que el César Cárlos Quinto,  
Con mano firme y segura,  
Entreabre su sepultura,  
Y haciendo una horrible mueca,  
Su faz carcomida y seca  
Asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada  
Frente con tenaz empeño,  
Como quien sale de un sueño  
Sin acordarse de nada.  
Recorre con su mirada  
Aquel lugar solitario,  
Alza el mármol funerario,  
Y arrebatado y resuelto  
Salta del sepulcro, envuelto

En su andrajoso sudario.

—¡Hola!—grita en són de guerra  
Con aquella voz concisa,  
Que oyó en el siglo, sumisa  
Y amedrentada la tierra.

—¡Volcad la losa que os cierra!  
Vástagos de imperial rama,  
Varones que honrais la fama,  
Antiguas y excelsas glorias,  
De vuestras urnas mortuorias  
Salid, que el César os llama.

Contestando á estos conjuros,  
Un clamor confuso y hondo  
Parece brotar del fondo  
De aquellos mármoles duros.  
Surgen vapores impuros  
De los sepulcros, ya abiertos:  
La serie de reyes muertos  
Despues á salir empieza,  
Y es de notar la tristeza,  
El gesto despavorido  
De los que han envilecido  
La corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado  
Se alza Felipe Segundo,  
En su lucha con el mundo  
Vencido, mas no domado.  
Su hijo se despierta al lado,

Y detras del rey devoto,  
Aquel que humillado y roto  
Vió desmoronarse á España,  
Cual granítica montaña,  
A impulsos del terremoto.

Luégo el monarca enfermizo,  
De infausta y negra memoria,  
En cuya edad, nuestra gloria  
Como nieve se deshizo.  
Bajo el poder de su hechizo  
Se estremece todavía.....  
¡Ay, qué terrible armonía,  
Qué oscuro enlace se nota  
Entre aquel mísero idiota  
Y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa  
Y en silencioso concierto,  
Todos los reyes que han muerto  
Van saliendo de su huesa.  
La ya apagada pavesa  
Cobra los vitales bríos,  
Y se aglomeran sombríos  
Aquellos yertos despojos,  
Aquellas cuencas sin ojos,  
Aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,  
Respondiendo al llamamiento,  
Cual si llegára el momento

Del santo juicio de Dios,  
Acuden de dos en dos  
Por claustros y corredores,  
Príncipes, grandes señores,  
Prelados, frailes, guerreros,  
Favoritos, consejeros,  
Teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar cómo serpea  
Por su semblante amarillo  
El fosforescente brillo  
Que la podredumbre crea!  
¡Qué espíritu no flaquea  
Con mil terrores secretos,  
Viendo aquellos esqueletos,  
Que ante el César, que los nombra,  
Se deslizan por la sombra  
Mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,  
Cuántas grandezas pasadas,  
Cuántas invictas espadas,  
Cuántas firmes voluntades  
En aquellas soledades  
Muestran sus restos livianos!  
¡Cuántos cráneos soberanos,  
Que el genio habitára en vida,  
Convertidos en guarida  
De miserables gusanos!

Desde el triste panteon

En que se agolpa y hacina,  
Hacia el templo se encamina  
La fúnebre procesion.  
Marcha con medroso són  
Tras del Rey que la congrega,  
Y cuando á la iglesia llega,  
Inunda la altiva nave  
Un resplandor tibio y suave,  
Que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,  
Como en los siglos pasados,  
Reyes, príncipes, prelados  
Toman asiento en el coro.  
Despues en tropel sonoro  
Por el templo se derrama,  
Rindiendo culto á la fama  
Con que llena las historias,  
Aquel haz de muertas glorias,  
Que el César convoca y llama.

Por mandato soberano  
De Carlos, que el cetro ostenta,  
Llega al órgano y se sienta  
Un viejo esqueleto humano.  
La seca y huesosa mano  
En el gran teclado imprime,  
Y la música sublime  
Que á inmensos raudales brota,  
Parece que en cada nota  
Reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo  
Su voz, los muertos despojos  
Caen ante el ara de hinojos  
Y á Dios elevan su canto,  
Honda expresion del quebranto,  
Aquel eco de la tumba  
Crece, se dilata, zumba,  
Y al paso que va creciendo,  
Resuena con el estruendo  
De un mundo que se derrumba:

« Fuimos las ondas de un rio  
» Caudaloso y desbordado.  
» Hoy la fuente se ha secado,  
» Hoy el cauce está vacío.  
» Ya ¡oh Dios! nuestro poderío  
» Se extingue, se apaga y muere.

» ¡*Miserere!*

» ¡ Maldito, maldito sea  
» Aquel portentoso invento  
» Que dió vida al pensamiento  
» Y alas de luz á la idea!  
» El verbo animado ondea  
» Y como el rayo nos hiere.

» ¡*Miserere!*

» ¡ Maldito el hilo fecundo  
» Que á los pueblos eslabona,  
» Y busca, y cuenta, y pregona

» Las pulsaciones del mundo!  
» Ya en el silencio profundo  
» Ninguna injusticia muere.

» ¡*Miserere!*

» Ya no vive cada raza  
» En solitario destierro,  
» Ya con vínculo de hierro  
» La humana especie se enlaza.  
» Ya el aislamiento rechaza,  
» Ya la libertad prefiere.

» ¡*Miserere!*

» Rígido y brutal azote  
» Con desacordado empuje  
» Sobre las espaldas cruje  
» Del Rey y del sacerdote.  
» Ya nada existe que embote  
» El golpe ¡oh Dios! que nos hiere.

» ¡*Miserere!*

» Mas ¡ay! que en su audacia loca,  
» Tambien el orgullo humano  
» Pone en los cielos su mano  
» Y á tí, Señor, te provoca.  
» Mientras blasfeme su boca,  
» Ni paz ni ventura espere.

» ¡*Miserere!*

» No en la tormenta enemiga,  
» No en el insondable abismo: